

Página de vida

CARLOS, MI HERMANO MAYOR

por Angel Rama

El 22 de febrero, en la ciudad de Milán donde estaba dictando conferencias universitarias, murió mi hermano Carlos de un paro cardíaco. El 20 de octubre anterior había cumplido sesenta años. En los encuentros anuales que teníamos en Barcelona, donde residía desde que dejó Chile a la caída de Allende, luego de las mutuas informaciones sobre salud dábamos por hecho que, aunque yo era menor en cinco años, él haría mi obituario.

No fue así pero esto tampoco es un obituario, sino una página de vida, de la suya y la mía, obligadamente.

El año pasado, cuando fue premiada su monumental obra sobre Las relaciones culturales de España y América, una información aparecida hablaba de una producción de cuarenta libros y de centenares de artículos. Aunque ambos hemos sido empecinados trabajadores, su producción era incomparablemente superior a la mía, de una asiduidad y una concentración asombrosas, más aún si se piensa que junto a sus cursos universitarios en la Autónoma de Barcelona (y antes en la Universidad de Montevideo) atendía múltiples planes organizativos (había creado el Ateneo del Uruguay, había fundado la editorial El Siglo Ilustrado, había organizado en España el PEN Club de los escritores latinoamericanos exiliados), hacía una tarea periodística regular en diarios de España y América, participaba de cien maneras en la lucha contra la dictadura militar uruguaya y las demás latinoamericanas, intervenía mediante coloquios, ensayos, conferencias en la vida académica europea y americana. Esta expansiva, urgida y a veces apresurada producción le fue alguna vez reprochada: tanto por quienes no hubieran sido capaces de la centésima parte como por quienes le proponían una austera vida de scholar.

Tal crítica ignora la peculiaridad de la vida intelectual latinoamericana. Sabe que las condiciones son en general malas, que no se dispone de buenas retribuciones, ni de bibliotecas surtidas, ni de las últimas revistas académicas, que a veces ni siquiera se cuenta con la estabilidad del país (Carlos reconquistó alguna en España luego de ver desmoronarse el Uruguay y el Chile democráticos). Pero no sabe, desde los ghettos universitarios de los países desarrollados, que el intelectual latinoamericano no trabaja meramente para un conocimiento abstracto y objetivo, sino reclamado por las demandas de sus sociedades, participando de sus

luchas populares, inmerso en sus problemas cotidianos. Sin duda Carlos ambicionó los buenos libros rigurosamente concebidos: en su producción nada lo ilustra mejor que su investigación sobre el estado español en la guerra civil que rudo escribir gracias a dos años de concentración en Francia, a modo de tesis doctoral. Pero aún este libro académico, respondía a la misma eticidad que lleva al escritor a contribuir a los periódicos, a los movimientos políticos, a la vida pública, porque el arte de su raigal adhesión a la España Republicana.

A los diecisiete años, pegó sobre la puerta de su cuarto, en el altillo de la destartalada casa familiar, un recorte con una frase de Martí, que me sé de memoria: "El que tolera la infamia y la codea en paz, es un infame: abstenerse no basta, se ha de luchar contra ella". A esa divisa fue fiel, doctrinaria, humanamente, siempre. Rigió una tarea intelectual que fue visualizada como el servicio a una causa colectiva. Esta no fue otra que los derechos democráticos del pueblo, su lucha por una sociedad libre y justa.

Alguna vez nos dijimos que, más que una opción intelectual, fue una imposición de nuestros orígenes sociales a los que quisimos, afectiva, doctrinalmente, ser fieles. Hijos de campesinos gallegos inmigrantes en el Montevideo de la era batllista, estos dos componentes se conjugaron en un producto bastante frecuente en el Uruguay, por lo cual reconvertíamos la frase de Graham Greene y decíamos "Uruguay made me". Como herencia, un fondo realista, tozudo, enérgico, simple y llano, serio y comprensible, claro y racional siempre, procedente del estrato campesino tosco y vital de esa Galicia que fue madre de naciones; como formación, el sentimiento popular característico de lo que José Luis Romero llamó la "mentalidad aluvional" desarrollada en una sociedad abierta en que los extranjeros irrumpían para constituir la clase obrera: la pequeña clase media, mezclándose, como en el barrio suburbano de mi infancia, los hijos de italianos, portugueses, españoles, armenios, a los hijos de las escuelas públicas con las cuales los padres procuraban el ascenso social de sus descendientes para sumarlo al que ellos habían conquistado mediante la emigración a América.

Inmigrantes campesinos, casi analfabetos, trasladados del trabajo del campo a la ciudad americana pujante, allí jugaron sus capacidades, según fueran o no capaces de cumplir astutamente su transculturación.

Medíamos lo que habían hecho nuestros padres cuando pasaban a visitar-
nos nuestros tíos gallegos: vendían verdura por las calles, puerta a
puerta, la que después de comprar en el mercado transportaban sobre sus
hombros en unas árganas. Quejosos del duro trabajo, se detenían en nuestra
casa a descansar y conversar, pero nosotros, los chicos, no los entendía-
mos. Hablaban solo gallego, lengua que también hablaba nuestra madre, que
nosotros mismos llegamos a conocer, pero que en nuestra casa había sido
desterrada por decisión de nuestros padres: estaban en América para que-
darse y en esa sociedad, en esa lengua española, debían educarse sus hi-
jos. Jamás hablaron con nosotros en gallego, como jamás permitieron que
nos llamáramos de otro modo que por nuestro nombre completo, sin apodos
ni diminutivos. Quizás la decisión transculturadora más significativa
fue la que ya había cumplido nuestro padre: en 1910, no bien llegado a
Montevideo, había aprendido a manejar autos y mostraba siempre su licen-
cia de conductor gallego, pues era, no sé si el tercero o el noveno
de los choferes habilitados en el país. De campesino pasó a proletario
en un salto que replicaba el que había hecho sobre el Atlántico a los
18 años para no ir al servicio militar en Africa. Son las decisiones que
la vida retribuye.

... no solo los repetáramos, sino que además los admirá-
bamos, por lo que los campesinos casi iletrados, inmigrantes pobres, conclu-
yendo la familia de intelectuales que constituimos,
... También una suerte de obligación moral que oscuramen-
te reclamaba que la retribuyéramos, que pagáramos el precio de ese esfuer-
zo del que éramos beneficiarios. Cuando murió mi madre, yo escribí por
ella un libro sentimental de estampas gallegas; ya para entonces Carlos
había publicado su tesis sobre el estado español, uno de esos libros que cir-
cularon bajo el control de la España franquista. Cuando en 1973 pudo
salir de Chile, por los buenos oficios de la embajada de Italia, prefirió
irse a Barcelona, donde iba periódicamente a visitar los parientes
de Galicia, a ayudarlos a instalar la luz eléctrica en la vieja casa na-
tal de nuestra madre en Iraba de Bergantiñas, a reconstruir la historia
familiar con los numerosos primos y sobrinos, a conseguir copias de las
cartas que nuestros padres enviaban a sus parientes; en fin, a recomponer
un linaje aldeano y esa prototípica historia llena de conflictos, peleas,
pasiones y aventuras, propia del común. No llegó a escribir el libro que

eso merecía y al cual me convidaba, aunque llegó a publicar varios volúmenes de su diario español. En verdad, en los años de vida en España se reintegró a sus orígenes: su cara redonda y su cabeza pelada cubierta con la boina, su andar pesado con ayuda del bastón, sus gestos cachacientos y humorísticos, diseñaban una estampa de Castelao, la del señor de uno de los "pazos" gallegos. Saberlo lo llenaba de satisfacción.

No fueron sin embargo únicamente esos orígenes los que soldaron su vida a España, ni tampoco la hospitalidad generosa que encontró en Cataluña, cerrando el ciclo de la emigración abierta por sus padres (cosa que argumentó para defender a los hispanoamericanos que encontraron refugio en España luego de las catástrofes políticas del sur del continente) sino que eso se debió, creo que principalmente, a la emoción militante con que vivió la guerra civil española de 1936-39, en esos años juveniles en que pegó la frase de Martí sobre su puerta. Fue entre sus papeles que yo leí por primera vez ese retórico pero emocionante soneto de Antonio Machado, "Tu carta, oh noble corazón en vela", descubriendo un poeta que habría de ser decisivo para mi formación.

La guerra civil española orientó a una generación entera, fue la educadora política e intelectual de millares y millares de jóvenes de América, quienes concurrían a las asambleas solidarias, apedreaban a los fascistas locales, juntaban fondos para la República y cantaban en coro que con el quinto regimiento a Madrid están defendiendo. Sé que la invariable hostilidad que Carlos guardó para unos pocos intelectuales de su generación, se debió a que no pudo perdonarles que en ese momento histórico hubieran estado del lado comunista, porque la guerra española fue su guerra, su esperanza, su ilusión política y social. No sé si fue entonces, o aun antes, que había descubierto el anarquismo, pero fueron los colores de la FAI y la columna Durruti las que entraron en mi casa, con azoro de mis padres (especialmente mi madre, profundamente católica) quienes comenzaron a educarse, desconfiadamente, en ese hijo beligerante que les volteaba su mundo y llenaba la casa con las fotos de los campesinos armados y las terribles de los muertos por las calles que Neruda pedíamos que fuéramos a ver. Yo solo tenía diez años, y aunque mi camino habría de ser muy otro en la vida, allí conocí a los poetas que invocaban el nombre de España y leí carradas de Kropotkin, Bakunin, Reclus, Landauer, y me saqué la ropita de monaguillo y renuncié a la Acción Cristiana y a

la Iglesia, para descomuelo de mi padre que siempre debió soñar con un hijo cura. La Historia se había metido por la casa y la abandonaría: su marca sociológica la aplicaría Carlos a sus libros sobre el movimiento obrero y yo a los míos sobre la literatura. "Si España cae, digo, es un decir". Cuando cayó, ya estábamos metidos en el anti-fascismo y dentro del abanico progresista cuya unidad duraría hasta la guerra.

Yo dispuse, en una casa donde el único libro era la Biblia que mi madre tenía sobre su mesa de luz, de los encadenados estantes llenos de libros políticos que Carlos acumulaba en su cuartito, los que urgaba encendiendo su cólera. En esa fecha yo también comencé mi propia carrera que, divergentemente, se orientó hacia la literatura europea. Pero, ¿cómo, cómo con qué contó? A fuer de sociólogos, ya grandes, procuramos entender una irregularidad en los patrones de desarrollo familiar. Los campesinos habían urbanizado y, en una sociedad abierta, habían ascendido a la baja clase media. A la segunda generación correspondía alcanzar la alta burguesía; como quien dice, pasar de almaceneros a importadores y exportadores. ¿Por qué, en cambio, habíamos saltado a esa clase intelectual que, según nuestros cálculos, le hubiera correspondido a nuestros hijos? La explicación se llamaba parálisis infantil. Carlos tenía dos años cuando se desmoronó frente a la casa porque las piernas no lo sostenían: era la poliomielitis en el año 1924. El tesón de padres y médicos consiguió una recuperación amplia, salvo de una pierna sin fuerzas que le hizo cojear toda la vida. Si las armaduras metálicas y las extrañas máquinas para sesiones de electricidad que quedaron abandonadas en la casa, fueron testimonio del esfuerzo para curarlo, no menores fueron sus propios esfuerzos. Nada dejó de hacer que pudiera mejorarlo: en esos años juveniles se sucedieron las semanales sesiones de remo y natación a las que debió su robusta constitución. Salvo esa pierna sobre la cual levantó su orgullo, su difícil carácter, su rabiosa lucha para no ser vencido, su desmesurado intento compensatorio. De eso hablábamos poco: solo por Judith, mi compañera de toda la vida, supe de algunos de sus pensamientos, sus aspiraciones.

Fue la clave de una hazaña vital. No, no sería el poderoso comerciante o industrial, para lo que disponía de sobradas capacidades; sería un intelectual, lo que en el panorama aun reducido de nuestro país, significaba ser abogado, pues no se disponía aún de otras vías humanísticas espe-

cializadas ; lo que explica la curiosa falta de títulos de la mayoría de sus intelectuales. Quiso ser historiador y sociólogo y por su propio esfuerzo autodidacto lo fue, transfiriendo a estas disciplinas sus convicciones sociales y políticas, de ahí que sus libros más difundidos versaran sobre Las ideas socialistas o sobre El movimiento obrero. Como toda la generación a que pertenecemos, a una primera formación universalista que se acostumbró a manejar las corrientes del pensamiento contemporáneo, siguió un resquebrajamiento de la vida nacional y, sobre todo, de la latinoamericana: esta transferencia se forjó en el cauce de la crisis política, económica y social que conmovió a la "ciudad alegre, ciudad confiada" que fue el Montevideo de la era batllista, en la prédica de Marcha y en la clarificación del proceso revolucionario cubano en que culminó la agitación que recorría el continente.

Junto a su entrañable tema español, Carlos incorporó tempranamente el tema latinoamericano. De sus muchas contribuciones, ninguna lo ilustra mejor que el libro que dedicó a Emeterio Betances que está en los orígenes del pensamiento independentista puertorriqueño y en el proyecto de la Federación Antillana. Lo cito porque pude comprobar la estima en que lo tenían los jóvenes puertorriqueños que venían a mis clases (siempre nos han confundido a los dos hermanos) esperando encontrar al autor del libro sobre Betances. Carlos, mucho más que a otros, cabe la divisa rumaniana: "Español de América y americano de España", pues en él se dio con plenitud la conjunción de las dos partes principales de la cultura hispánica a ambos lados del Atlántico, sobre la esperanza popular siempre reutilizada, por la expectativa de un socialismo en que resonaba la consigna de "Tierra y libertad" de los zapatistas.

Soy consciente de que hablo de él como de un colega, más que como de un hermano. Si a lo largo de los años nos peleamos como solo pueden hacerlo hermanos de ascendencia española, nos quisimos entrañablemente del mismo modo. Nos acostumbramos al pudor del sentimiento que se enmascara de juegos, bromas y hasta agresiones, para sofrenar su intensidad que descompondría la mutua imagen, el austero deber ser con que se aprende la honra. Sé que me ha de faltar, como quizás solo a Judith y sus hijos. Puedo agradecer a la vida nuestro reencuentro de hombres adultos, más positivo que el de la turbulenta adolescencia. Su orgullo era un escudo, construido a base de muchas heridas. Solo podía develar su integral universo afectivo, tan asombrosamente rico, a quienes se le entregaban o a los desconocidos de los encuentros casuales. No hay ser humano que no sea com-

plejo. Pocos como él tan necesitados de afecto y tan torpes para hacerlo, aprisionado en un orgullo que no toleraba la lástima de nadie. La naturaleza le confirió la sabiduría necesaria para ejercer la protección de los demás, aplicando su voluntad de servicio, sin reclamar nada a cambio. Después de superado la pelea menuda y reconstruyó el pater a que su primogenitura lo destinaba, como reconstruyó orgullosamente un linaje familiar en que todos no eran más que humildes campesinos, que siempre decían provenir de un noble pueblerino. A todo eso ayudó el reconocimiento de amigos y colegas en sus años españoles, Madrid: 1973.

Nosotros y la Historia jugamos la partida y hay que reconocer que ésta saca insólitas cartas de la manga: era imprevisible que Carlos se constituyera en el embajador de la cultura hispanoamericana en España y sin embargo estaba en las líneas de su mano. Dio testimonio de lo que habían devenido "los cachorros del león español" en tierras americanas y con qué fraternidad se reancentraban con la familia peninsular. Sé de mi afecto por él porque me enorgullece que lo haya hecho. Y es tarde para decirle -siempre es tarde- cuando le acordé aquellos poemas de Antonio Machado que traje a casa cuando yo era niño.